





LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

ILUSTRACIÓN DE ESTE NÚMERO

Michal Geva (Kibutz Ein Shemer, 1980). Cursó la licenciatura en Bellas Artes en la Academia Gerrit Rietveld en Ámsterdam y terminó sus estudios en la Escuela de Arte Hamidrasha de Beit Berl en Israel. Fue becaria del programa de Alma, Casa para la Cultura Hebrea (2011-2013). En 2008 recibió una beca de la Fundación de Cultura Estados Unidos-Israel, y una de la fundación Rabinovich en 2013. Ha participado en diversas exposiciones colectivas y ha tenido dos exposiciones individuales en Tel Aviv: *Shmita* en 2011 y *Shifts* en 2013.

TRADUCTORES

Florinda Friedmann Goldberg (Buenos Aires, 1943). Docente e investigadora de literatura latinoamericana en el Departamento de Estudios Románicos y Latinoamericanos, Universidad Hebrea de Jerusalén, y en el Instituto de Historia y Cultura de América Latina, Universidad de Tel Aviv. Es traductora de prosa y poesía del inglés, francés y hebreo al español. Tradujo, entre otros, a los poetas israelíes Amir Or, Tal Nitzán, Dalia Rabicovich y Yehuda Amichai.

Gerardo Lewin (Buenos Aires, 1955). Licenciado en Teatro, egresado del Instituto Universitario Nacional de Arte. Cursó estudios en la Universidad Ben Gurión del Néguev y en la Universidad de Tel Aviv. Se especializa en traducción de poesía hebrea contemporánea, traducciones que publica en su blog <de_canta_sión>.

IMAGEN DE PORTADA



Michal Geva, *Sin título* (al modo de *Shift* de Richard Serra), diptico, acrílico/tela, 130 × 350 cm, 2012

EDITORIAL	7
DEL ÁRBOL GENEALÓGICO	
Supervivencia del más apto / Rosa Beltrán	8
Poemas / Tal Nitzán	10
POESÍA DE ISRAEL	
Un viaje hacia el interior / Tal Nitzán	16
Anat Levin	18
Yuval Paz	23
Alex Ben-Ari	27
Anat Zecharya	30
Dana Amir	37
Orit Gidali	42
Adí Assís	46
Tali Latowicki	51
Lyor Shternberg	56
Rafi Weichert	61
La risa como estrategia de supervivencia: Ephraim Kishon	
(ensayo) / Raquel Castro	68
Solosín (cuento) / Orlando Mazeyra Guillén	71
EL RESEÑARIO	
Contra la vida alegre / Víctor Cabrera	75
<i>Las razones del corazón</i> / Rodrigo Martínez	77

UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

José Narro Robles
Rector

María Teresa Uriarte Castañeda
Coordinadora de Difusión Cultural

Rosa Beltrán
Directora de Literatura



LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

Número 182, noviembre-diciembre 2013
Fundada en 1966

Edición: Carmina Estrada
Redacción: Itzel Rivas Victoria
Asistencia secretarial: Lucina Huerta

Diseño original: Rafael Olvera
Diseño de este número: María Luisa Passarge
Imagen de portada: Michal Geva
Ilustración de este número: Michal Geva
Impresión en offset: Imprenta de Juan Pablos S.A.
2a. cerrada de Belisario Domínguez 19, Col. Del Carmen
Coyoacán, 04100, México, D.F.

La responsabilidad de los textos publicados en *Punto de partida* recae exclusivamente en sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución.

Punto de partida es una publicación bimestral editada por la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la Universidad Nacional Autónoma de México. Insurgentes Sur 3000, Ciudad Universitaria, 04510 ISSN: 0188-381X. Certificado de licitud de título: 5851. Certificado de licitud de contenido: 4524. Reserva de derechos: 04-2002-03214425200-102.

Dirigir correspondencia y colaboraciones a *Punto de partida*, Dirección de Literatura, Zona Administrativa Exterior, Edificio C, primer piso, Ciudad Universitaria, Coyoacán, México, D.F., 04510.
Tel.: 56 22 62 01
Fax: 56 22 62 43
correo electrónico: puntoenlinea@gmail.com
www.puntodepartida.unam.mx
www.puntoenlinea.unam.mx

Tiraje: 1000 ejemplares en papel cultural de 90 gramos,
forros en cartulina Loop Antique Vellum de 216 gramos.

Punto de partida dedica anualmente su número de fin de año a la producción literaria del país invitado a la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, esta vez Israel. He de decir que no fue fácil establecer los contactos para armar el *dossier* que hoy publicamos, y en este camino debo agradecer a Ruth Fine, de la Universidad Hebrea de Jerusalén, así como a Rosa Beltrán y Vicente Quirarte, quienes tendieron las redes hasta hacerme contactar con la poeta Tal Nitzán, antóloga de esta muestra de poesía, y con Florinda F. Goldberg; y a Jorge Posada y Ezequiel Zaidenweg, que abrieron la ruta hasta el traductor Gerardo Lewin.

El número abre, en el *Árbol Genealógico*, con la obra de dos autoras: el cuento “Supervivencia del más apto”, de la narradora mexicana Rosa Beltrán, quien borda con ácida crudeza un retrato de la perversión: por un lado, el sadismo de un marido disfrazado de buena acción; por otro, la rendición aparente de su próxima viuda. En la misma sección hemos incluido un grupo de poemas de la israelí Tal Nitzán, entre ellos un fragmento de “En qué país”, notable manera de expresar la confusión en la pertenencia.

Como antóloga del *dossier* de poesía de Israel que presentamos, Nitzán ha seleccionado a diez poetas que integran la llamada “generación intermedia”: no son todavía autores “consagrados” pero cuentan ya con reconocimiento y ejercen una cierta influencia en el campo de la literatura. Todos han escrito, en su momento, en una tónica más de denuncia social, pero se han decantado por una apuesta a un “discurso intimista, personal, cálido”: una poesía que parte de la vivencia emotiva, modera el tono y abreva, sin aspavientos, de lo biográfico; una poesía que se acerca más al bálsamo que a la revuelta. Nitzán optó también por ampliar el rango de edad de los poetas incluidos (1964-1976) en aras de mostrar una afinidad temática y formal que los ubica a unos y otros como miembros de una misma generación.

El *dossier* de poesía se complementa con un ensayo de Raquel Castro acerca de Ephraim Kishon, autor israelí poco conocido en nuestro país, cuya obra emparenta con la de Jorge Ibarguengoitia. El número incluye también colaboraciones de Orlando Mazeyra, Víctor Cabrera y Rodrigo Martínez.

La parte gráfica de esta publicación presenta reproducciones en blanco y negro de obra de la artista visual israelí Michal Geva. Se trata de una serie de pinturas que re-interpretan la arquitectura de su país a partir de una premisa: la arquitectura es válida y existente; en cambio, los cimientos no lo son. Sus edificaciones, suspendidas en el aire, carentes de un eje horizontal que las ubique espacialmente, son una visión perturbadora de la realidad, “un montaje para un mundo que el ojo no percibe”, según Geva.

Sirva esta pequeña muestra de la obra poética y plástica de Israel como un atisbo a un mundo que nuestros ojos difícilmente perciben. ●

Carmina Estrada

Supervivencia del más apto*

Rosa Beltrán

Desde que cumplí setenta años, entreno a mi mujer todas las mañanas a fin de que, llegado el caso, pueda asistirse en su viudez. Se podría pensar que es prematuro, pero las estadísticas me confirman que mis previsiones tienen un fundamento: los hombres nos vamos antes. ¿Y alguien se ha detenido a pensar en las penalidades de la viuda cuando sus facultades menguan? La historia de la viuda alegre pertenece al cine y la literatura. En la realidad, las viudas se quedan ciegas, sordas, cojas, etcétera. Una vez se supo del caso de una viuda amnésica que se empeñaba en cobrar su pensión a nombre de otra y pasó años sin conseguirlo. Mi mujer, cuando oye estas historias, se aterra. Por eso he decidido entrenarla en el arte del deterioro. Lo ideal sería ir de la cabeza a los pies, le digo, y la alecciono sobre las ventajas de ir siguiendo una lógica. A ver, pensemos. ¿Cuáles son los verdaderos problemas de las viudas? Las tuertas, por ejemplo. Apenas si logran que alguien repare en ellas. En general no las atienden, las mandan a otras ventanillas. Podrían despertar mayor interés si se decidieran por la solución radical: o los dos ojos o ninguno. Optaremos por los dos. Mi mujer se agita. Tranquila, le aclaro, para eso está la profilaxis. Le pongo un paño grueso en los ojos y le digo: adelante, ten ánimo. Más vale empezar a tiempo. Lo primero es caminar por el cuarto sin que te tropieces. Ella da dos pasos y tira la lámpara de pie. ¡Es que nunca antes he sido ciega!, se disculpa. Yo discrepo. Para ser ciega eres pésima, le digo. No usas las yemas de los dedos ni adelantas un pie. No comprendes que la esencia del desplazamiento del ciego es huir del obstáculo. ¿Qué tal si me tiras encima la jarra de té caliente? ¡Pero si tú ya no estarás!, responde. Muy bien, no estaré, pero ¿quién me garantiza que no te arrojarás por la ventana? Los ciegos palpan, tantean, abren bien los dedos tratando de emerger de las aguas profundas de esa otra falta de memoria que es la ceguera. En cambio tú te confías mucho. Crees que todo es cosa de improvisar. Ella busca una salida. Dice que sabrá si corre peligro gracias al oído, que tiene mucho más fino que yo. Bueno, intentemos por ahí, le digo, no sea que te quedes sorda. Después de ponerle tapones, le ato unas cuerdas en los dedos anular y medio de las que tiraré cada vez que alguien llame a la puerta. Pienso adaptarle un artefacto que cumpla esta función cuando yo no esté. Tomé esta medida porque antes probamos con un foco que encendía al accionar el timbre pero tardó horas en darse cuenta. Cuando se lo hice ver, dijo que la razón era que se confundía: no sabía si en ese momento era ciega o sorda. Tras varios intentos decidí atarle cuer-

* De *El cuerpo expuesto*, Alaguara, 2013.

das por todo el cuerpo: en una pierna, para avisar que algo ardía en la lumbre, en los brazos, para indicarle que alguien venía subiendo por la escalera. Con todo, fue mejor ciega que sorda. Le expliqué que si alguien se metiera a asaltarla no tendría forma de defenderse. Aumenté el grado de dificultad con una mordaza que le impedía gritar, pero ella tuvo otra idea. Los pies, querido, dijo. Pienso que ése sería mi verdadero Waterloo. ¿Cómo iría a cobrar la pensión si no pudiera moverme? No pude más que sonreír. Ya se ve la clase de viuda que serás. Inválida, pero avarienta. Procedimos. Ella dobló una pierna y sujetándola por detrás con una mano me dijo: Mira, podría caminar así, a saltitos. Le expliqué que las cojas tienen problemas mucho peores que moverse o no moverse. De hecho, tienen mayores problemas que las tueras. Un cojo está condenado a la soledad, expliqué. Jamás verás cojos en compañía de otros cojos. No son como los ciegos que suelen andar en fila india, como un ejército desorientado pero solidario. Hay escuelas para ciegos, tours de ciegos, pero ¿has visto excursiones de cojos? Tuvo que admitir que no. Un cojo no es sólo un cojo, es una fórmula compensatoria que va más allá del pie: un cojo siempre está cojo de la compañía de otro. Un parálítico, en cambio, es el centro de atención. Piensa y verás: no hay quien se niegue a empujar una silla de ruedas, aunque lo haga de mal modo. A regañadientes se hincó. Trató de avanzar de este modo pero el sobrepeso y las pantorrillas le estorbaban. ¡Es que no puedo!, dijo. Volví a sonreír. Ya verás que sin mí la vida no es tan sencilla como parece. Y aún nos queda la parálisis, añadí. La conduje al lecho y la até de pies y manos. Acostada en la cama sin poder desplazarse, ¿qué podría hacer? Podrías recordarme, sugerí. Me respondió: para qué. Para matar el tiempo, por ejemplo. Si lo único que tendría sería el tiempo, ¿para qué querría matarlo?, dijo. Las viudas tienen una lógica implacable. Había que prepararla para cuando la perdiera. A ver, haz de cuenta que no soy el que tú crees, ¿quién soy?, pregunté. Eres ¡un visitante! No. Eres ¡un asaltante! No. Eres... ¡el perro! Cuando se cansó, dijo: Tú lo que quieres es volverme loca. Está bien, admití, dejemos este ejercicio. No conocerás esta herramienta. ¡No, por favor!, suplicó. Continuemos, te lo ruego.

Los locos son convincentes hasta ese grado en que aun rebelándonos, acaban por tener la razón. ♣

Rosa Beltrán (Ciudad de México). Narradora y ensayista. Es licenciada en Lengua y Literaturas Hispánicas por la UNAM, maestra y doctora en Literatura Comparada por la Universidad de California, Los Ángeles. Es profesora del posgrado de Literatura Comparada de la UNAM y ha sido invitada como profesora visitante a distintas instituciones educativas, entre ellas la Universidad Hebrea de Jerusalén. Actualmente es Directora de Literatura de la UNAM. Ha publicado las novelas *La corte de los ilusos* (Premio Planeta 1995), *El paraíso que fuimos* (Seix Barral, 2002), *Alta infidelidad* (Alfaguara, 2006), *Efectos secundarios* (Mondadori, 2011) y *El cuerpo expuesto* (Alfaguara, 2013); los libros de cuento *Amores que matan* (Joaquín Mortiz, 1996), *Optimistas* (Aldus, 2006); y los de ensayo *América sin americanismos* (UNAM, 1997) y *Mantis: sentido y verdad en la cultura literaria posmoderna* (UAM, 2010). Parte de su obra ha sido traducida al inglés, italiano, francés, holandés y esloveno. En 2011 fue editada en Francia su novela *Le paradis c'était nous* y este año aparecerá *Haut Infidélité*, por ediciones La Différence. Ha sido miembro del Sistema Nacional de Creadores y becaria del Centro Mexicano de Escritores. <www.rosabeltran.net>.

Poemas

Tal Nitzán

En los tiempos del cólera

Estamos frente a frente,
de espaldas a las desgracias del mundo.
Tras los ojos cerrados
y las cortinas corridas
azotan de repente
el siroco y la guerra.

El siroco se calmará antes,
la leve brisa
no revivirá a los muchachos baleados,
no enfriará
la furia de los vivos
El incendio
Aunque demore ha de llegar,
“Hará falta tanta agua” etc.,
nuestros brazos no alcanzan más allá
de nuestro cuerpo:
somos una masa azuzada
a aferrarnos y mordernos,
amurallarnos en la cama
mientras arriba, en el ozono,
se abre una sonrisa burlona.

Traducción de Florinda F. Goldberg

El canario **(Diseño de interior)**

Pasaremos el canario de la cocina al baño
pasaremos el ordenador del balcón a la cocina
al niño y su cuarto pasaremos al balcón
meteremos nuestra cama en un rincón de su pieza
meteremos a la niña en el espacio que sobró
tomaremos otro medio empleo
tomaremos otro medio préstamo
renunciaremos a otra hora de sueño
pediremos otra última prórroga
borraremos del alma el
recuerdo querido de
el auto robado
el monedero perdido
la ventana rota
y si se estrecha ampliaremos
y si se amarga endulzaremos
y si empieza a agrietarse
tenderemos los brazos y lo rodearemos todo.

Traducción de Florinda F. Goldberg

Tarde con niña

Te levantaste con mejillas ardientes
y la carita contraída por la pena de despertar.
Tristeza de tres años:
presentimiento de las tristezas que aún te aguardan.
Qué podría consolarte.

Sigo escribiendo con una mano,
acariciándote con la otra.
Tú no piensas en mí —
quizás en un caramelo o un león,
quizás en un tren.
Yo tampoco pienso en ti —
en la fría bruma de enero
que flotaría entre la pantalla y yo
si no te acurrucaras aquí.
Ahora empiezas a impacientarte.
Yo también:
Me estorbas escribir el poema sobre ti.

Traducción de Florinda F. Goldberg

En qué país

(fragmento)

Sentada al borde de la piscina, chapoteo con mis pies.
Alguien me empuja y caigo al agua. Quizás no me hubiera empujado
de haber sabido que no sé nadar, pienso mientras me hundo.
Me sumerjo hasta que los dedos de mis pies tocan el fondo y subo.
Saco afuera mi cabeza y sé que ahora debo gritar “¡auxilio!” antes de
hundirme nuevamente pero me olvidé en qué país estoy y en qué idioma
hay que gritar.

Traducción de Gerardo Lewin

El punto de la ternura

*...at the hour when we are
trembling with tenderness
lips that would kiss
form prayers to broken stone.*
T.S. Eliot

Aquí reside la ternura.
Aun si al corazón, en su mutismo,
se lo tragó la ciudad como a una piedra,
debes saber: éste es el punto de la ternura.
Dame la mano en este mundo.
Vi a una madre hablándole rencorosa a su hijo,
asolándolo con palabras;
vi plegarse un edificio hasta el polvo
con lentitud, un piso dentro de otro.
Cuánto debemos apiadarnos,
cuánto apaciguar.
Cuando se cierra la noche
sobre una nuca no besada
ya no hay remedio: cada ahogo
de cada garganta,
tiene sólo una cura.
Mira, simplemente,
éste es el punto.

Traducción de Gerardo Lewin

Tal Nitzán (Jaffa, Israel). Poeta, editora y destacada traductora de literatura latinoamericana y española al hebreo. Ha publicado cinco libros de poesía. Ha compilado y traducido dos antologías de poesía latinoamericana. Obtuvo, entre otros, el Premio del Ministerio de Cultura para Poetas Principiantes, el Premio al Primer Poemario, el Premio del Ministerio de Cultura para Traductores, el Premio del Primer Ministro para Escritores. Su obra ha sido traducida a varios idiomas, y antologías de sus poemas se han publicado en italiano, francés, lituano, portugués y español.



Poesía de Israel



Un viaje hacia el interior

Tal Nitzán

Los poetas hebreos publicados en esta selección pertenecen al grupo conocido como “la generación intermedia”, integrado por autores que si bien no se han consolidado aún como íconos —estatus del cual algunos de ellos reniegan—, ya han logrado reconocimiento y gozan de cierta influencia, principalmente en el ámbito de la poesía aunque también en campos aledaños como la traducción, la edición, la investigación o el *performance*. Este estatus —por un lado “no venerable” y por el otro “no joven” en el sentido que implica lucha, rebelión y quiebre— les otorga cierta libertad poética, tanto en lo temático como en lo estilístico.

En cuanto al tono y al planteamiento, la suya es, en general, una poesía desapegada de lo épico o lo sublime; que renuncia a lo cerebral, a la excesiva sofisticación, al experimentalismo per se o a los juegos de la ironía, y que opta por un discurso intimista, personal, cálido, muchas veces dirigido a una segunda persona, a un “tú”. La vivencia emotiva es tanto el punto de partida como el hábitat de esta obra poética. Así, es posible discernir algunos de sus principales ejes temáticos: un tratamiento intensivo de lo biográfico, lo familiar, lo doméstico: amor, (p)maternidad, acercamientos y separaciones. Son poemas en los que se regresa a lo interior, que parten en una travesía de búsqueda emocional. Tratan acerca de familias quebradas o alternativas (cabe destacar que entre los poetas seleccionados en esta muestra hay dos parejas: Alex Ben-Ari y Orit Gidali por un lado, y Anat Levin y Adí Assís por el otro, que no pocas veces han escrito acerca de los mismos sucesos, con ópticas y tratamientos estilísticos diferenciados), o son textos hacia y acerca de los padres y los hijos, los existentes y aquellos que no han nacido aún, los deseados.*

Rafi Weichert ha escrito un ciclo completo de poemas en el que cierra cuentas con su padre, y dos de sus libros se ocupan en forma exclusiva de su hija. Anat Levin dedicó su último poemario a su madre, en un tono que refleja identificación y piedad. *Niño*, reciente publicación de Adí Assís, se dirige a un hijo ansiado, al que sin embargo no logra concebir. En cambio, Anat Zecharya escribe “no me hagas un niño” en uno de sus poemas. “El niño no entiende”, dice Yuval Paz tanto desde la visión del

* Los alcances de esta muestra impiden, por supuesto, extenderse sobre el panorama completo: es importante destacar que en el seno de este grupo se ha escrito también poesía de denuncia política y social, no incluida en esta selección. (Nota de la antóloga.)

pp. 14-15: *Sin título*, acrílico/formica, 20 × 35 cm, 2013

niño como desde la de su padre. “Nadie me ama como mi padre”, escribe Alex Ben-Ari. “No sé responderte casi a nada, hijo” dice Orit Gidali —quien trata profusamente el tema de la maternidad—. El cuarto libro de Lyor Shternberg, *En la cálida luz*, transcurre en la brecha abierta entre las vivencias de una infancia dura y la reparadora alegría que le produce el nacimiento de su hija. El primer libro de quien esto firma, titulado —no por azar— *Doméstica* (2002), constituye un punto de inflexión al ser uno de los primeros que trataron estos temas como motivos poéticos centrales, otorgándoles legitimidad.

En lo que se refiere a la forma, el lenguaje empleado en los poemas suele ser coloquial, creíble y carente de adornos retóricos. Sus metáforas son moderadas, extraídas de una realidad cercana y reconocible. Se percibe, en gran parte, el abandono de los distintos moldes de la rima y la métrica sin renunciar a una musicalidad libre y natural.

Los poetas antologados en esta muestra son plenamente conscientes del posmodernismo y de los movimientos post que lo sucedieron; de todos los cambios, revueltas y quiebres esenciales que siguen produciéndose en la poesía. Incluso muchos fueron parte activa en estas transformaciones. Su elección —una poesía lírica que se ocupa de temas aparentemente tradicionales— es, en ese sentido, una elección arriesgada y concienzuda. ♪

Traducción: Gerardo Lewin

Anat Levin

18

Estoy lista siempre.

Todo lo que realmente necesito
cabe en el bolso más pequeño:
cepillo de dientes, tampones, pasaporte, calzón, lapicera,
tu foto de bebé sobre el césped en Rusia,
donde el papel carcomido desdibuja tu llanto.

Falta sólo tu mano
y me puedo ir.

Poema de cumpleaños 2006

Fue un año difícil.

Estuve enferma
casi todo el tiempo y casi todo el tiempo
rumié pensamientos terminales
y hablé
quizá sin cesar
las palabras se adherirán a tu cuerpo liso

Anat Levin (Jaffa, 1973). Es egresada del Departamento de Cine y Comunicación de Hunter College, Nueva York. Actualmente trabaja como correctora de estilo en el diario israelí *Haaretz*. Su primer poemario, *Ana en lenta rotación* (Ahuzat Bait, 2007), obtuvo el Premio del Ministro de Ciencia, Cultura y Deporte a escritores noveles. Asimismo recibió los premios Poetas Principiantes (2002) y Poesía en Marcha (2006). En 2011 ganó el Concurso de Cuentos Haaretz. Su segundo poemario, *De boca a boca* (Keshev, 2012), obtuvo el Premio Akum de estímulo a la creación literaria y fue recibido elogiosamente por la crítica. <<http://anatut.wordpress.com>>.

y las concebirás por mí de modo que
navegaré en tu vientre, luminoso pececillo plateado,
hasta que me des a luz en el lecho de una lengua tierna
y resuelta como agua

pero quedamos vivos
aferrados
asidos de las palmas.

*

Y me sentaré en él y no saldré de él
tres días y tres noches
y de día leeré las historias
de quien dio nombres al mundo
y leeré muchos nombres
y los pronunciaré muchas veces
de noche yaceré en una hamaca
colgada del techo
y leeré eternamente los numerosos nombres
hasta que un sordo se acerque a mi lecho
y le daré mi propio nombre

y la bóveda del cielo me concederá almohada
y el mar me arropará en sus infinitas mantas.

Poema de cumpleaños 2005

1.

Nacimos mudos
capullo de carne pálida

debimos incorporarnos desde el suelo
aferrarnos al aire como a una viga

había verdades claras que recordar, por ejemplo
“las manos hacen”

supimos de algunos que intentaron volar
y se estrellaron contra el techo del cielo

nos quedamos sentados

lentamente aprendimos a hablar
en singular y luego en plural.

Sin título, óleo/formica, 20 x 45 cm, 2012



Té

Me da miedo que te duermas antes que yo,
quedar colgada sola en lo oscuro,
en tinieblas sin una estrella.

Temo que me dejes,
que una mujer rica en sabiduría o pechos
te tiente a sus eras y no sabré cómo salvarme.

O que una mujer de bello trasero (eres
persona práctica, delicada, crees en el trasero)
quiera sentarse contigo, en ti o sobre ti.

o

que sea yo quien te deje, que el guardabosques
me encuentre, me murmure un hechizo,
que necesite marcharme.

Me da miedo que tras todo este tiempo, tras
el dolor amargo (el tiempo estéril)
nos nazca finalmente un niño feo.

Temo que una gran guerra ennegrezca
el corazón, la sangre, la piel,
que reine la muerte, o

una pequeña guerra

Temo no volver a escribir
que se pudran las letras en la copa del aire,
que se deshojen las palabras inmaduras, caiga el árbol

o que se seque la tinta de la última pluma,
permanecer clavada con memoria y sin papel
o con papel cuadriculado

que quedemos sin trabajo y sin
lugar para escondernos, que nos hieran,
que enceguezcamos, que despertemos llorando yo

temo que te mueras antes que yo
que todo lo mío que desnudo ante ti
se invista de mujer altiva y solitaria

(es un camino cruel, sin salidas,
quizás, por un momento,
saboreemos un té con pastas).

Traducciones de Florinda F. Goldberg

Yuval Paz

El niño no entiende

El niño aún no sabe leer
la maestra le pone una mano en el hombro
no entiende
corre por las calles
huye de los monstruos de las palabras
oye cuchichear a mamá y papá
las palabras le silban en los oídos
y no entiende
angustiado pateo la pelota
rompe la ventana
y no sabe leer
las palabras lo persiguen
y él gasta sus zapatos
en una carrera infinita
y no sabe leer
las palabras le arden en los ojos
y no entiende
sólo quiere respirar
y correr lejos
la maestra no lo ve
mamá y papá callan
sentado de cara a la pared
escribe su nombre con sangre



Sin título, acrílico y óleo/tela, 120 × 90 cm, 2012

Yuval Paz (Tel Aviv, 1969). Da clases de literatura en un instituto y es estudiante de doctorado en Literatura. Reseñas, cuentos y poemas suyos fueron publicados durante años en varios periódicos y revistas. Su primer poemario, *Deja los monstruos en silencio*, apareció recientemente.

Mañana tal vez

Nadie lo vio.

En el recreo le pegaron en el pelo goma de mascar
y la vergüenza bajó con él las escaleras
cuando salió a frotarse en la cerca del patio
absorto en el estrépito del tránsito.

Sólo Dios sabe cuánto quiso
ser bueno con todos.

Y los sábados viajaba con papá al aeropuerto
a ver los aviones estacionados en la pista.

Estaba tan cerca

pero prisionero de los cuchicheos.

Lo usaban de juguete y reían cuando se rompía
y gustaban de segararlo hasta que la noche cubría
los ojos enrojecidos.

Y a veces paseaba con papá por Dizenghoff
y comía helados
con cerezas y crema.

Mañana tal vez me llamen.

Entretanto es posible
andar en bicicleta a lo largo del río
y luego bañarse con papá en el mar
y saltar por sobre las olas.

Ven

Ven esclavo a deleitarte con el amo
No dejes que el dolor trepe por las escaleras
Piensa en la embriaguez de las profundidades
y deja que los monstruos rieguen en silencio
los corales de dolor que brillan ahí abajo



Sin título, acrílico/tela, 140 × 160 cm, 2011

Lo más parecido a un beso

Esta soledad
puede sentarte
en una mesa sucia del fondo,
para morder un trozo de pizza
que dejaron dos mujeres bellas.

Nave pirata

Navegamos por un tiempo plano,
al frente se alza una cascada.
En la mano helada
tiembla una botella vacía.

Por la noche nos detenemos.
Arrojamos una red al agua,
extraemos de las profundidades un puñado de amor
y lo esparcimos en el aire.

Amor.
Quizás el amor calme
la marea de juguetes muertos
en tus orillas.

Y juntos veremos cómo un viento bueno
echa de golpe a pique la nave pirata de tu alma
y sabremos que todo terminó.

Traducciones de Florinda F. Goldberg

Alex Ben-Ari

*

Nadie me ama como mi padre. Nadie
me abraza como mi padre, circunvalándome
como un ejército a una ciudad. Como el mar
a sus peces.

Nadie me nutre como mi padre, me hace crecer
como mi padre, desplegado en torno a mí
como una vasta máquina telúrica.

La barba de mi padre — es un bosque encantado.
El olor de su cuello — el aliento del alba.
Sus brazos atareados — las aspas de la usina
que mueve al mundo.

Pero mi padre no sabe todo esto.
Da vueltas por la vida como un rey trocado al nacer
y todas estas imágenes cuelgan en mí como cuadros en una galería desolada.

*

Agoniza toda la noche
bajo el matorral
una enorme libélula.

Alex Ben-Ari (Kishinev, URSS, 1973). Reside en la ciudad de Rehovot con sus cuatro hijos y su mujer, la poeta Orit Gidali. Su primer poemario, *Días clandestinos*, se publicó en 2008. Próximamente aparecerá su segundo libro.

Sin título, técnica mixta/formica, 35 x 38 cm, 2013

*

Desde el extremo del tallo
un caracol contempla
el silencio del valle.

*

El negro escarabajo
se aleja. De espaldas
al sol poniente.

*

Sol de invierno.
Sobre la acera, uno junto a la otra,
un perro negro y su sombra.

*

Trabajan juntos
el tronco del árbol
y el pájaro carpintero.

*

Franqueo el borde
del pozo abierto.
Paseo vespertino.





*

Camino de ida,
camino de vuelta,
la misma baldosa rota.

*

Sendero sin curvas.
En el centro del charco,
un pepino.

*

Bebo solitario
mi taza de té. Me envuelve
un viento de otoño.

*

Colgada entre dos árboles
la mitad vacía
de la luna.

Traducciones de Florinda F. Goldberg

Anat Zecharya



Sin título, acrílico/tela, 170 × 120 cm, 2012

Comí un ángel

Me comí un ángel
de pie junto al fregadero
lo levanté del piso con una mano
sujetándolo como a un avión
y me tragué su elevación.
Las alas que fueron las últimas en entrar
crujieron entre mis dientes cuando se instaló
en mis espacios redondos desplegándose
sobre la nada.
Eso era justo lo que me faltaba
uno que tiemble en lo más hondo de mí
mientras yo aún palpito
cumpló con mi función
de vivir.
Quien espera siempre consigue
mientras tanto sólo se sabe de mí
que respiro.

El mundo verdadero

Yacíamos una junto al otro
tocándonos rodillas, muslos, manos
pudimos hacer un hijo
multiplicarnos con tanta fe
en ello.

Y podía haber dicho: alabada sea la rutina,
pero siempre quise ir al bosque
Arrojar de mí la manta y decirle a alguien:
toma por favor lo que te corresponde.
Suelto a los perros
atrapo ciervos de gran cornamenta
mato y pierdo
(y me apuro mucho quiero ir al bosque)

Aquí hay demasiado café, comida china,
demasiados chinos y deseos
de decir cosas brillantes
Aquí me falseo, me fustigo
me siento bien.
Ser simpática con todos
me va bien
a ojos de los hombres soy o asexual
o interesante.
(Y me apuro mucho quiero ir al bosque)
Aquí correr para adelante es una muerte lenta
con pretensiones deportivas.
Humillan y halagan,
nada se vuelve más bello
con el tiempo
Y si finalmente alguien/tú pregunta
¿adónde vas ahora?
Al bosque
a bailar bailar bailar.

Anat Zecharya (1974). Dirige talleres de escritura y es crítica de danza en el diario *Yediot Ajaronot*. Obtuvo el premio Poesía en Camino de la Municipalidad de Tel Aviv (2005 y 2007), el Premio a Poetas Jóvenes en Lengua Hebrea del Festival Internacional de Poesía Shaar (2005) y una mención honorífica en el Festival de Poesía de Metula (2008). Fue invitada a representar a Israel en el festival Poesía Parnaso realizado en Inglaterra en el marco de la Olimpiada Cultural 2012. Ha publicado los poemarios *Tan pronto como sea bella* (2008) y *Por error humano* (2012).

Herzl dijo

Herzl dijo
manos arriba
Herzl dijo
pon las manos sobre la cabeza
Herzl me dijo cuenta
hasta tres
Herzl dijo lámete
los labios
Herzl me dijo ponte
de rodillas
Herzl dijo huele
el olor del varón es bueno
para la salud
Herzl dijo ven
ahora nos desnudaremos
Herzl dijo yo profetizo desde mi carne
ábrete de piernas
date vuelta.
Herzl, dije,
yo me dilato yo me expando
yo contemplo mi jardín del edén
perdido para ti
porque la verdad me sobreviene
únicamente cuando estoy sola
mordiéndome una manzana.

El lenguaje del agujero

Me interesan los agujeros
 pero procuro no hacer de ello
 una ideología
 En carne propia aprendo pronuncio
 oral anal fálico genital
 vago sistemáticamente de uno al otro
 en un agujero chupo trago
 como si fuera oxígeno muerdo maldigo
 doy besos franceses
 con delicado canibalismo pródigo
 en placer en dolor.
 Hay agujeros muy significativos
 llenos de deseo. Yo me inclino
 por los vacíos que rechazan significados
 pero abren posibilidades.
 Un agujero es una especie de estorbo
 local, estación terminal.
 Quiero mirar en su interior
 sólo para descubrir que me devuelve
 una mirada hecha de carne desgarrada
 que cuida de sus bordes.
 No es que yo quiera entrar
 y salir de todos, quiero
 ser un pozo atemporal,
 marco de un agujero
 sin lugar sin centro
 Y cuando me desborde, que alguna cosa
 se detenga y otra irrumpa.
 El animal debe crecer.
 Corro pierdo corro encuentro
 en eterno afán de llenarme.
 Entretanto
 le paso un segundo dedo en torno



Sin título (detalle), acrílico/tela, 110 × 100 cm, 2012

con curiosidad, sin insolencia
porque sé que no estoy del lado
de Dios, donde el sol es
el poderoso ano del mundo.
Estoy exactamente del otro lado
el sol no amanece
desde mi trasero.

Sin título 2011

Dicen que todo tiene que ver con todo,
una gaviota que agita sus alas
cambia el clima para siempre;
un tornado en Texas
no es sólo un tornado en Texas,
un bosque no es sólo árboles.
Arrojas una piedra al lago
y las olas se expanden en todas direcciones
hasta que a un pez en Australia
le brotan manos y piernas
prefiere caminar a nadar
se arrastra fuera del agua
toma una piedra y golpea las cabezas
de tres peces
nos recuerda todo lo que
ya sabíamos sobre la sangre.
Hace mucho que no estamos defendidos
del blanco de las paredes.
Sudarios de plástico acolchado cuidan que nuestras manos
no hagan el mal.
Lo más fácil es entregarse al rojo y al oro.

Basta con preguntarnos:
¿Cuál es nuestro nombre?
Estar perdidos, querer salir,
salir a las avenidas para ver,
ver la textura del sol,
que algo se mueve entre las ramas y no cesa,
toda murmuración se vuelve consigna,
simplemente bailamos en torno al becerro
o sacudimos el trigo en el lagar para resguardarlo
todos juntos.
Nuestras manos olvidaron
lo que sabían,
sin sabiduría no hay harina,
y nosotros hacemos una cosa
para compensar otra.
Así funciona el mundo.
Y estamos hacinados, tan hacinados,
todos quieren estar en el centro.
Los últimos espacios abiertos que nos queden
serán los aeropuertos.

Felicidad

Emite tus gemidos de perra
así suena en ti la felicidad
cuando te sorprende en acción
con la lengua afuera,
luego pagarás,
no es castigo, es simplemente
así.

Traducciones de Florinda F. Goldberg



Sin título (detalle), técnica mixta/formica, 35 × 38 cm, 2013

Dana Amir

Y tu vida está aferrada a mi alma

Podrás creerlo, después de todos estos años
me planto desnuda por fuera de mi ventana iluminada y el tiempo
viaja dentro de mí.

No me reconocerás, ahora que el marrón de mis ojos tiritita
como la llama de la vela
Antes, cuando era más leve que el aire, sabías distinguir mis pasos
según el ángulo entre mi pequeño cuerpo
y la tierra.

Supe tu amor como supe los nombres
con que me llamaban antes de nacer.
Todos los años te contemplé, íntegra la clave que oculta lo roto,
lo que tiembla desprotegido.

Muchas cosas desaparecieron en el momento en que dejaste de mirarlas.
Pero es porque sólo existían en tu mirada.
Y si preferiste las partes del cuerpo al cuerpo entero
es porque en ellas moraban los anhelos.

El tiempo era gajos de naranja, la miel, el pan.
El cuerpo reunido sin lamentos. El alma
que confabula y permanece.
Eras el latido del corazón.

Dana Amir (Haifa, 1966). Es psicóloga clínica, psicoanalista, poeta e investigadora literaria. Publicó cuatro libros de poemas y dos libros sobre psicoanálisis. Obtuvo el Premio Nacional de Poesía (1993), el Premio Bahat a libros de investigación (2006), el Premio en Memoria de Frances Tustin (2011), el Premio del Primer Ministro a Escritores Hebreos (2012) y el Premio Sacerdoti de la API. Su segundo libro teórico recibió recientemente la Beca de la Fundación Científica de Israel.

En las noches en que el único cálculo era la distancia desde la casa
estuviste junto a mí por los caminos,
resistiéndote a indicar el rumbo, y tu vida,
estaba aferrada a mi alma,
fijada a la tierra como
base de palanca.



Sin título (detalle), diptico, acrílico/tela, 160 × 260 cm, 2012

Algo como noche

En las callejuelas de Kababir las plantas de malva se aferran como venas entrelazadas a la tierra seca.

Las palabras son músculos contra el miedo. La memoria es cera para sellar lo que nunca se pensó.

Una fuente de pepinos con crema. Huevos pasados por agua. Mesa de madera gruesa engrapada a la pared. Buenas noches Dana, buenas noches Aya.

Las voces se ocultan en las voces: abran el portón y entraremos por él, novio y novia en un carruaje leve.

Orgullosa, te mantuviste helada en el corazón de ese infierno. Del otro lado de la cortina los latidos de mi corazón fueron tu único testimonio, el vencedor.

El rostro de la niña que fuiste a la altura de la hierba fina, de las piedras del patio, de las paredes bajas.

La muerte que toda la vida te quedé debiendo.

.

Desde entonces tu vida va y viene sobre las aguas, sin salida.

Te hablo como el monte le habla al abismo: levántate, te digo.

Pronuncia tú también la palabra final.

Desde aquella herida te alzas y te pones de pie, giras hacia mí la palma de tu mano y algo sombrío, algo como la noche asciende de ella y florece.

Sobrevivimos los duros decretos de diciembre.

Yacemos echadas una junto a la otra como dos silencios.

Un instante más y fuimos.

Poemas de la sala de emergencias

Todos se fueron a dormir. La niña árabe en la cama de al lado,
su madre cuyo nombre se parece a Alegría, la secretaria de la sala
que se llama como habríamos llamado a tu hermana si tuvieras hermana.

Estoy sentada en tu cama en la oscuridad,
acechando al dolor como a un violador emboscado.

Tu cuerpo se va reduciendo y sólo tu cara crece en la noche,
Las cuencas de tus ojos se abren como cráteres secos.
También el miedo es seco, penetra sin ruido en los huesos.

Me empeño en vestirme con ropas que huelen a nuestro jabón.
Así señalo que no perteneces aquí.
Estás tan confuso, comienzas las frases por la mitad,
te ofendes porque no te entienden, porque necesitas,
como todos nosotros, de palabras.

Mides el dolor como se mide la altura.
Yo sueño sueños que duran el lapso
entre suspiro y suspiro.

La noche traduce el amor en actos simples: alisar la almohada,
lavar el orinal, arroparte. Tomar los olores con indiferencia,
contar tareas en vez de minutos. Hijo, te digo. Hijo.
Y recuerdo cómo el día de tu circuncisión me preguntaron
si eras mi primer hijo.
Y yo me llené de lágrimas retenidas, silenciosas, como un lago.

Sólo una fábula

Tus ojos hoy están llenos de miel.
En la blancura que nos rodea como una luz rechazo con ternura
todas tus propuestas de vestirme,
levantarte,
la fina sábana trasluce tus pezones firmes y oscuros como uvas maduras,
y el viejo zorro está preso en las viñas de tu cuerpo
donde la opción es sólo una fábula,
pero el dolor es vino.

Hasta que venga la tierra

Contempla ese rostro.
Algo se disimula en esa palidez y no sé si es un signo de eternidad
o de olvido. Observa las venas pequeñas, las lesionadas, las que exhiben
el desgaste del tiempo.

Debo gritar mi nombre en la entrada. Todos mis nombres.
Sólo el que ahora caiga la noche no significa
que dejan de existir los objetos. Mira tu cuerpo, por ejemplo. Ese cuerpo de piedra.

Hasta que venga la tierra.
Del otro lado, la lluvia llena las copas de las hojas. Lo que oyes ahora
no es muerte.

sino vida que adquiere sus formas.
Variantes ligadas a lo que vale, a lo que está,
a lo que se acumula para bien.

Traducciones de Florinda F. Goldberg

Orit Gidali

Niño

Te apareces en la sala a la hora de dormir
enarbolando el pasaporte de una pregunta simple
que comienza siempre con qué quiere decir y termina
con porque sí no es respuesta.

No sé responderte casi a nada, hijo,
no a qué ordena la tabla periódica,
no a qué hay más allá del espacio si es que hay algo,
pero frente a ti siento
que ya no me queda mucho por aprender
e incluso que quizás ya he llegado.

Cuando arrastras los pies de vuelta a la cama,
enano a simple vista, gigante para la que te mira,
sé que ahora puedo callar por años
sin decir por favor,
por años puedo nada más escucharte a través de la puerta
leer hasta que te duermes.

Hay algo más allá del espacio, niño, que lo sepas.
Y por ese algo me acerco a tu cabecera,
apago la lámpara, la enciendo, de nuevo la apago,
guiñando el ojo a las estrellas desde dentro de la casa.

Orit Gidali (Tel Aviv, 1974). Es poeta y educadora. Conduce talleres de escritura y da clases sobre comunicación en dos universidades. Ha publicado los poemarios *Veinte muchachas para envidiar* (2004) y *Proximidad* (2009), así como el volumen de cuentos infantiles *Nuna la lectora de pensamientos* (2007), este último traducido al inglés.

Podríamos vivir tan bien dices, y la contemplas, aún bella

En un rato será sábado en el Sharón y los semáforos se desnudan del rojo, los cordones se desatan y liberan los pies, y los récords mundiales se reúnen dentro de un libro y descansan de su afán por superarse, y el vuelto en la billetera destaca el triunfo de lo mucho y lo pequeño, y las fechas de vencimiento de la leche no amenazan borrarse, y las primicias respiran dentro de las bolsitas cerradas, y el hielo del congelador toma la forma de la bandeja, segura de sí misma, y el poliestireno se deshace en pequeñas bolitas inútiles, y los acondicionadores no se disculpan por falsificar el calor, y las pantallas no se excusan por falsificar el brillo, y el canto apaga el piso de linóleo y enciende el cielorraso,

y los adolescentes se ponen amables y no gruñen al decir gracias, y lo que se condensa se condensa y lo que se escinde se escinde, y los afanes de las nubes son por el campo y los afanes del campo por el cardumen que navega entre hierbas imaginarias, y en los viñedos las uvas se vuelven pasas y otras vino y no todo lo dulce se infesta de larvas, y quien pide por el diluvio no piensa en destrucción sino sólo en una lluvia torrencial, y las personas importantes vuelven a casa y se reúnen con sus familias, y la generosidad se revela virtud y no un acto de jactancia, y los errores se borran del corazón de las cosas, y el metabolismo es correcto, y lo que es de todos es de todos y lo que es de cada uno es,

y las frutas pagan su diezmo y no se echa de menos la parte que falta, porque son más livianas y más dulces, y toda rama injertada se acopla a su tronco, y los capullos se estiran hacia afuera, y las abejas imaginan la miel, y los árboles eligen rey según sus flores, y el asfalto conquista la tierra y libera al borde del camino lo mejor de ella, y las corolas de los pensamientos mecen sus colores, y el polvo retrocede ante el polen, y toda llovizna es posibilidad de arcoíris, y el verde de los matorrales casi supera al del follaje, y en el parque de los ancianos se abren las regaderas del invierno en torno a ustedes, y realmente de pronto sopla un buen viento del sur,

sólo que ella no te responde cuando preguntas, te ahorra el no hay. Tus palabras se deslizan por el puente de su nariz cuando te apoyas en el bastón y la contemplas, contemplas las flores, contemplas el asfalto (podríamos vivir tan bien, dices) y recuerdas la tierra.

*

Está bien que conversemos ahora,
que aún no vimos ambas a los niños que nacerán de mi hermano, tu hijo,
o el casamiento de mi hija mayor o qué pasó
con el país.

Y nosotras todavía nos apasionamos por igual por todo asunto importante,
no temo contarte qué perdiste y qué por ello se me perdió a mí por dentro,
no temo decirte ven, siéntate.

Una madre necesita visitar a su hija en todo momento,
aun de noche como ahora cuando nuevamente no puedo dormir
y pienso en ti en tus profundidades, la fuerza de tu cuerpo
nutriendo el pasto verde.

También en la oscuridad sigues haciéndonos sitio a todos
para sentarnos y conversar.

Sin título (detalle), acrílico/tela, 110 x 150 cm, 2013



Piedras pesadas

Todo el tiempo estoy sentada a tu lado,
todo el tiempo como una modulación continuada,
pese a que algún extraño me hechizó,
y ahora soy hermosa no sólo gracias a ti.

Todos los días que pasamos juntos se acumulan sobre nosotros como abrigos,
justamente cuando necesitamos una ventana abierta y leves brisas primaverales.
No te vayas, dices. No me iré, digo,
y te aferro con fuerza.

Dos anillos en nuestras manos dibujan un infinito vacilante,
y yo me consagro a ti,
pero sólo con votos temporarios.
Deposito de nuevo en ti el para siempre pero esta vez con precaución.

Mira, digo,
este oro fue extraído de la roca y pulido capa a capa.
Mira, pienso,
los años vuelven a amontonarse sobre él como pesadas piedras.

Traducciones de Florinda F. Goldberg

Adí Assís

Sólo un poeta ciego

Sólo un poeta ciego
puede en verdad comparar
las pupilas con el sol.

Moja su pluma
en la oscuridad,
escribe en su diario:

Esta mañana decidí
robar el fuego de los ojos
de mi amada.

A la entrada de la cocina
me clavó su mirada.
Mis alas se derritieron.

Otra vez me conformé con ensalada y huevo frito.

Doné mi cuerpo a la oficina

La oficina me aguarda. La oficina
me abre los párpados y se alegra
al descubrir que aún estoy.
La oficina me roe las uñas
con la firme esperanza de que reaccione.

La oficina mide con un termómetro barato
la temperatura del formol
en que estoy sumergido.

La oficina considera
que tomando en cuenta mis datos
físicos y otros
soy capaz de más.
La oficina me exige
mucho más.

La oficina deposita
mi trasero
sobre una silla de tapizado roto.

La oficina expande mis dedos
a todo lo ancho
del teclado.

La oficina orienta
mi ojo
a la pantalla del computador.

La oficina dibuja un blanco sobre la pizarra
y da en él con mi cabeza.

La oficina me exige mucho más.



Sin título, óleo/formica, 50 × 35 cm, 2013

Adí Assís (Tel Aviv, 1967). Ha publicado dos libros de poesía, *Las armas de fuego* (Helikon, 2009) y *Niño* (Helikon, 2013). Este último obtuvo el Premio Nathan Jonathan de la Sociedad Israelí de Autores y Músicos a manuscritos inéditos en 2011. También obtuvo el Premio de Poesía Teva en el Festival de Poetas de Metula, 2013. En 2004 obtuvo el primer premio en el concurso de cuentos del diario *Haaretz*. Sus poemas han sido traducidos al inglés y al turco. Es director artístico del Festival Internacional de Poesía Shaar.

La oficina me fija al cuello
un collar de identificación,
me tapona la boca
con billetes de banco

La oficina me pega un rabo
para que pueda sacudirlo contento.
La oficina me manda a casa.

La oficina me exige mucho más.

Llamé a Dios

Grité Dios. Y no hay
Dios. Pero hubo
Dios porque yo exclamé
Dios. Y si no hubiera Dios
¿a quién
llamé? Y yo llamé. Grité
Dios. Y hubo, aun si por solo
un instante, y habrá. No
morirá. Todo el tiempo
que yo vuelva a gritar

Dios.



Sin título, acrílico/tela, 120 × 150 cm, 2013

1.

No tienes carne
niño, eres sangre

que fluye entre las piernas
de tu madre
hacia el fondo de la taza.

Ni una de las inyecciones
de retención que apliqué
retuvo.

Del embarazo sólo te dejaste un bultito
en la nalga.



Sin título (detalle), acrílico/tela, 110 × 100 cm, 2012

El especialista en abortos no sabe qué decir
mira de reajo
el vientre de su secretaria

nos receta otro examen
y escribe la cuenta.

8.

Oh
tú eres la madre la niña
que mece una cuna con palabras

nuestro amor
no se hace carne y tampoco
el espíritu santo

te ha fecundado,
ni en la noche del sábado,
no, en Navidad.

cenamos en un restorán mexicano
barato de Miami, bendecimos
la tortilla, el tequila, y nubes
que son
tus pañales
siempre secos.

Traducciones de Florinda F. Goldberg

Tali Latowicki

Signos de separación

No impondré el tiempo sobre nosotros:
Fuimos. No
seremos. No
nosotras.

Ya no puntuaré más distancias
con otros signos diacríticos.
No hay forma en la oscuridad de abiertas fauces
ni existe idioma para las señales
que abandonan mis dedos
la mañana de enero.

Pues sólo es fin
de enero, ahora.
Tajante y verde.

Es necesario que una helada

*Mientras el sol sea aún bello al salir y al ponerse
y las estrellas en lo alto no dejen de tintinear para mí...*

J. N. Bialik

Mi amada viajó a una tierra
blanca, extranjera,
el país de los casados.

Cuán largo fue su
viaje. Qué lejanía.

Allí trineos cruzan
la sintaxis casual
del hielo en las conversaciones,
y una campanilla eléctrica
en rítmicos destellos
suaviza el dulzor de los besos.

Dicen que ya no volverá
pero yo tiendo
a no creerlo. No aún.
Es necesario que una helada golpee en la oquedad del pecho,
que el corazón ennegrezca,
que la madera de esta viga
estalle.
Sólo entonces desistiré.

Tali Latowicki (1976). Investiga y edita libros de poesía y prosa. Da clases en el Departamento de Literatura Hebrea de la Universidad Ben Gurión del Néguev. Sus poemas han sido publicados en diversos periódicos y han sido traducidos al italiano, polaco e inglés. *Camera obscura*, una antología de sus poemas en traducción de Sara Ferrari, fue editada en 2008 en Italia (Belforte). *Trata de usar palabras más abarcativas*, su primer poemario, fue editado en 2010 (Keshev-Le-Shirá).

El poema de la metáfora errónea

*Es divertido: cada vez que me enamoro,
siempre eres tú.
Chet Baker*

Hacia la madrugada cae la lluvia.
Cae como un perro viejo
y ciego que deambula
inquieto por las habitaciones.
Ha trocado su amor
—que se aleja de mí—
por el eterno y repentino golpearse
contra muebles.
No se te parece en nada
ni tampoco la lluvia
roza tus hombros
—no los que aparecen en el sueño
ni aquellos, que duermen lejos de aquí—
y sólo por ti me implora,
como siempre, el obstinado.

Trabajos de la tristeza

A Jaguit, en agradecimiento

En el campo de trabajo de la tristeza
severidad es el pan de la mañana,
cojín del dolor, cabecera en mi cama.

Me cubro de nostalgia: una manta agujereada
por donde asoman los ángeles
de aliento congelado.

Se bañan, fuera, en belleza los brazos;
la piel desea y se broncea.

Regresaré a mi casa para la requisa nocturna,
saludaré tu desaparición, temblarán mis rodillas

y machacaré hasta el alba en el mortero del recuerdo
para erigir frágiles urbes de tristeza
cuyas murallas son la ira y la ansiedad.

Se cierne sobre mí sin incluirme
lo libre de tu ausencia.

Mi salvación es tu salvación
aun cuando estamos ambas
en el mundo presente.

*

El mundo se despoja de su belleza, se transforma en arena.
Y tú en adulta. De repente has saltado desde esa niña

a esto, y sólo ella aún sostiene tu mano, todavía intenta,
en sus ojos continúa brillando la luz de aquella niña
que todo lo podía, pues de su corazón todo fluía
con fuerza poderosa y nada es frío ante el contacto:
ni el mar, ni el fuego ni la piedra.

Hechizarte, pero en tu cabellera hay hilos ya de plata
y está tu hogar desierto de presencias humanas
y todas cuantas hechizaste ya han partido
o tú te despediste de ellas
y el mundo queda vacío y fraudulento.

Traducciones de Gerardo Lewin

Sin título (al modo de *Partially Buried Woodshed* de Robert Smithson, técnica mixta/formica, 50 x 60 cm, 2012



Lyor Shternberg

*

Ésta es la contradicción: amar al mundo
y hablarle con poemas. Pues quién entre los humanos,
mujeres con sus galas, hombres jugando al fútbol,
los que visten camisas de punto
y nueva piel en la primavera mañana de la plaza,
perros que agitan su cola y niños que vuelan sus cometas,
quién leerá, aunque sea, sólo un poema tuyo. El corazón se te escapa.
De no haber sido por la vergüenza misma
habrías ya extendido los brazos y cantado,
rajando el día con tus discordancias.
Mas —por lo menos— tu amor por ellos es sincero.
Te sientas en la sombra,
sostienes tu libreta, la lapicera negra,
le escribes a quién,
esparces palabras en el viento del mundo
(cometas, perros, niños que brillan bajo el sol
todo el amor —)

Lyor Shternberg (Petaj Tikva, 1967). Poeta y traductor. Vive en Jerusalén, donde da clases de literatura, escritura y cine. Es egresado del taller de escritura de la revista *Helikon* y cursó una maestría en la Universidad Hebrea. Ha publicado tres libros de poesía, todos ellos galardonados. Traduce del inglés y se ha especializado en poesía irlandesa. Es miembro fundador del grupo literario Ktovet. En 2006 obtuvo el Premio del Primer Ministro para Escritores en Hebreo.

La cuchara hueca

Amarte ahora, en contra de mí mismo,
en contra del miedo que me devora el alma
con la cuchara hueca,
contra el mundo que llama
a destruir el cuerpo
del alma de mi cuerpo
con toma de otros cuerpos rehenes,
contra la conciencia que baila
consigo misma
hasta la muerte.

Todas esas danzas de la nada,
todos estos intestinos ojos
desperdigándose en cielos falsificados,
trampas de red heladas, azuladas.

Tu desaparición es tu regalo nocturno,
no porque te elija como la gran faltante
o porque te desee por suave o por lejana
sino porque en el extremo de tu ausencia
espera tu cercano, humano cuerpo,
para hacerme un espacio real
en el mundo.

Salir de los poemas

Que los poemas me enseñen a salir de los poemas.
Contemplaré bellas personas que pasan por las calles
y marcharé como el sol hacia tu nombre, nueva amada mía.
Está sucediendo, sucede, miren, está sucediendo:
es un fuego que no desprecia el kitsch.
Porque si el kitsch es “los cálidos ojos de la noche”
“tu cabello se extiende como nocturno vástago”,
entonces, ¡por favor! ¡que suenen los clarines! ¡soltad palomas!
Un tonto ha resuelto abjurar de lo triste,
venderse por un plato de lentejas en un día de sol.
Que los poemas me enseñen a salir de los poemas.
A vivir.

Sin título, acrílico y óleo/tela, 120 x 170 cm, 2012



Pan

Viniste a mí en mi sueño
y comí en la mañana el pan que habías horneado.
Alzamos nuestros párpados,
descorrimos un velo
y un tapiz desplazado reveló
la baldosa faltante y la sencilla tierra
que es también
la vida.

A propósito de una de las guerras

1

Todos somos combatientes de las divisiones del desierto,
entrenados en supervivencia, fieles
a los deseos que transmite la comandancia
por los canales secretos. Nuestro rumbo es sabido.
El objetivo no es el nuestro pero es claro
y nuestras armas se adecúan,
como los ojos y la piel,
al baño de arena que roe lentamente la conciencia.
Todos somos soldados de mirada dura,
heridos de nostalgias,
con almas entrenadas en arrastrarse
y una fe que arde en nosotros
como estanques de gasolina.
Súbita y sola, la desolación nos ataca
como bestia herida el corazón.

2

¿Qué imagen le corresponde al hombre
en el estruendo de estos ruidos?
Entre la propaganda y los noticieros en vivo,
el veneno de las transmisiones satelitales.
Existen otros senderos caprinos,
el golpe contra el molusco en la playa invernal,
y hay un lugar en el que el viento
no atesora en su palma un puño de metal.
Pero en el universo noticioso pareciera
que el natural es avanzar
con un casco en el cráneo,
encerrado en cajones de hierro,
decidido, ofensivo, comido por los años,
sin una roca de luz
sin un trino de pájaro matinal.

Traducciones de Gerardo Lewin

Rafi Weichert

Dormida

Duermes, tu cabeza apoyada en mis rodillas
con la seguridad absoluta de los niños.
La luz centellea en la pantalla.
Las imágenes se suceden en silencio tejiendo
una con la siguiente
remotos acontecimientos.

Bajé la voz, para que no interfiriese
la realidad con el sueño.
Ahora debo permanecer en mi postura.
Cualquier movimiento te arrancaría
de esos fantásticos parajes
hacia los que has zarpado.

Quizás también discurren en tus sueños
visiones que tu tranquilo aliento no revela.
Percibo en un momento el delicado tiempo
que fluye y nos rodea,
se aleja de nuestros cuerpos
y se expande, como ondas.

El fin de la poesía

Últimamente me he encontrado con algunos poetas que me dieron a entender que se les había acabado el estro. Uno escribe mini-relatos, el otro redacta algo así como un epistolario. Un tercero dejó de escribir literatura. En cuanto a mí, se me dificulta el decidir si esta situación comporta una amenaza de parálisis, una necesidad de aspirar versos molidos con un canuto que se tapó y me asfixia o si trae una sensación de ilimitada libertad. Ya no resulta imperioso prestar oído a aquellos ritmos que llegan desde lejanías y se aproximan lentamente hasta vestir la forma del poema, a las palabras que comienzan a infiltrarse, al conjunto que acumula una suerte de energía musical sobre el papel y adquiere significado, habla acerca de tu vida, de tu muerte y de lo que has perdido y de las encrucijadas que atravesaste, errando tu camino.

Sin título (detalle), técnica mixta/tela, 130 × 180 cm, 2011



Anticuarios

Las librerías viejas conservan aún su magia. Cuánta nostalgia en esos volúmenes, en esos cuadernillos con los bordes romos, inhallables en otros sitios. Desde joven soy un adicto al contacto del polvo, un enamorado del olor del papel, un fiel amante de los tomos que se sumergieron en el tiempo sin ahogarse en él. Los mejores días de mi juventud transcurrieron en espacios estrechos, mal iluminados, entre los estantes, trepado a escaleras, en descubrimientos que me cortaban el aliento, a centímetros del techo. Hay locales cuyos dueños fallecieron. Apareció una generación nueva que desconoce mis gustos, mis deseos. Pero esos amados huecos permanecen, por breves horas, aún dispuestos para nuestras citas unilaterales. Lo que tienen que hacer es sólo abrir la hoja chirriante de su puerta y permitir que desnude allí dentro mi soledad, que miles de libros viejos no lograron aún amortiguar.



Rafi Weichert (Tel Aviv, 1964). Poeta, traductor y editor. Ha publicado ocho poemarios. Es considerado uno de los mejores traductores de poesía polaca contemporánea al hebreo. Es editor de Keshev Publishing House desde 1997, donde publica poesía hebrea actual, poesía en traducción al hebreo y ensayos. Dio clases de Literatura Hebrea y Escritura Creativa en la Universidad de Tel Aviv. En 2003 obtuvo el Premio del Primer Ministro de Poesía.

Poema acerca de la lengua

Me clavo una aguja en la lengua
y observo cómo sangra.
Ahora investigo el punto
en el que la sangre brota, cálida,
oscura flor purpúrea
en el blanco y áspero campo
de la lengua.

Poesía

Siempre que lo deseo
te imagino aquí en mi cuarto,
discutiendo acerca de aquel poema
o de aquel otro. El poder de la poesía
reside, dices, en que un hombre olvide
límites, sobrevuele fronteras.
La poesía, dices, es una fuerza
que te permite evocar a un hombre
mientras habla, sentado frente a ti.

Tumba de un poeta

Algunas palabras en la marmórea lápida,
líneas de tu poema.

Es ley antigua que el poeta
sea enterrado con sus versos.

Sobre la tumba un pájaro prosigue con su trino.
Ha anidado en la ciudad ingente de los muertos.

Lógica, carente de conciencia, la vida
borra a su paso la inexistencia próxima

y todo extrae su valor
de la contradicción de sus opuestos.

Así, ya el amor no es un acto incidental
y cesa la poesía su complacencia muda.

Traducciones de Gerardo Lewin

Sin título, acrílico y óleo/tela, 120 x 170 cm, 2012





La risa como estrategia de supervivencia: Ephraim Kishon

Raquel Castro

¿Se puede reír después de haber vivido una gran tragedia? Ephraim Kishon (1924-2005) demuestra que sí. Considerado el más grande humorista israelí, ha sido traducido a treinta y siete idiomas y uno de sus libros, *Historias familiares de Kishon* (de cuentos humorísticos) es el segundo texto en hebreo más vendido en el mundo, tan sólo después de la Biblia. En estos tiempos en los que se piensa que sólo la novela vende y que la gente sólo quiere historias realistas, sobre temas solemnes, no es poca cosa.

Es raro, eso sí, que Kishon sea tan poco conocido en nuestro país, donde su obra podría ser considerada hermana de la de Jorge Ibarguengoitia por su crítica aguda pero risueña de la vida cotidiana en un país caótico. También es de extrañar que no sea reeditado justo ahora que otro cuentista israelí, Etgar Keret, goza de tanta popularidad, pues bien podría ser considerado su antecesor espiritual.

Probablemente, el motivo de su casi total invisibilidad en esta parte del mundo se deba no sólo a la propensión mexicana a la “literatura seria”, sino, también, a que Ephraim Kishon proviene de una cultura que en realidad conocemos poco: la de los emigrados europeos a Israel.

Sin embargo, valdría mucho la pena acercarse a este autor, quien fue, además de cuentista, articulista en varios periódicos, dramaturgo, guionista y director de cine con premios internacionales: fue nominado en dos ocasiones para los Óscares y obtuvo el Globo de Oro en tres ocasiones.

Sin embargo, su historia no es tan humorística como su obra, al menos no su primera parte: en su primera vida, Kishon se llamaba Hoffman Ferenc y vivía en Budapest, Hungría, donde había nacido. Muy al principio no le iba mal: su padre era director de un banco y, en general, la familia tenía una buena situación económica y una reputación honorable. Entonces llegaron los nazis. Hoffman fue enviado a un campo de trabajo forzado y se salvó apenas de ser mandado a un campo de exterminio en Checoslovaquia. Pasó los siguientes años en diversos escondites, pero finalmente fue a dar a un campo de trabajo soviético, donde estuvo hasta el final de la guerra. Cuando volvió la tranquilidad, se enroló en la Universidad de Budapest, donde estudió Historia del Arte y Escultura. Ya desde entonces escribía: en esta época ganó un premio nacional de novela y escribía una columna satírica en uno de los diarios más reconocidos de Hungría.

Con todo, se sentía ajeno en su propio país. Ajeno e inseguro: antes habían sido las

persecuciones nazis, pero para este momento la amenaza eran los soviéticos, que no veían con buenos ojos a los satiristas (ni a cualquier otro tipo de opositor). Tanto así que en 1949 emigró a Israel, país que acababa de ser fundado, sin hablar yiddish o hebreo.

Cuando llegó a Israel, no sólo cambió de vida: el funcionario de aduanas que lo recibió pensó que el apellido Ferenc era muy raro y de un plumazo se lo cambió, con todo y nombre.

La nueva vida de Ephraim incluyó muchos otros ajustes: en 1950 se asentó en el *kibbutz* Kfar Hachosh, donde trabajó como electricista, granjero, criador de caballos y encargado de la limpieza de las letrinas. Fue hasta 1951 que inició sus estudios de hebreo en la escuela local. Alumno brillante o enamorado de la lengua, lo cierto es que apenas un año después de haber empezado con las lecciones comenzó a escribir una columna diaria, ya en hebreo, en el diario *Maariv*; la firmaba con el seudónimo Chad Gadja (que significa oveja) y la mantuvo durante treinta años.

Podría parecer curioso que un sobreviviente del Holocausto eligiera expresarse a través del humor. Todavía más cuando el de Kishon no es un humor mordaz o destructivo, torturado o amargo. Antes bien, se trata de un humor festivo, inteligente y crítico, lleno de amor y simpatía por su patria y por su gente. Las descripciones que hace son vívidas y señalan con exactitud los vicios y defectos del gobierno y el pueblo israelíes, pero también muestra sus virtudes, y todo con un estilo que acentúa el lado ameno de cada situación. Por ejemplo, en su cuento “Un tropel de médicos”, incluido en el libro *Arca de Noé, clase turista* (1964), se ríe un poco de sí mismo y de su tragedia durante la Segunda Guerra a causa de un dolor de estómago, a la vez que aprovecha para criticar los hábitos de los médicos:

...por la pantalla de mi mente desfilaron mi triste infancia, mis años de labor productiva en el campo de trabajos forzados y mi declinación periodística. Entonces telefoneé al doctor Blumilch y su esposa me contestó que su marido no atendía enfermos en los días impares y que debía llamar al doctor Gruenbutter.

Al final del cuento consigue movilizar la solidaridad internacional para que envíen un auténtico ejército de médicos, lo que despierta a su vecino y doctor de cabecera, quien le sugiere cuidar más lo que come.

Otra muestra entrañable de su humor/amor es la película *Ervinka* (1967), escrita y dirigida por él, en la que crea a un pícaro inolvidable no sólo por su ingenio y cinismo, o por la hermosa interpretación del actor Haim Topol, sino porque a pesar de ser un personaje de un lugar y un tiempo muy precisos (habitante de una Tel Aviv que ya sólo existe en el celuloide), es también un personaje universal capaz de hacernos reír, incluso aquí y ahora, de varias de nuestras propias flaquezas.

En realidad, la valoración del humor, incluso en la desgracia, forma parte de una antigua tradición judía. De acuerdo con los estudiosos del tema, esta capacidad de reírse del propio infortunio puede verse desde los textos bíblicos (hay quienes aseguran que el libro de Job es una obra humorística), pero se ha acentuado a partir de la diáspora y crece en los tiempos difíciles, como una estrategia de autoprotección mental. Tal vez ésa sea la explicación del genio de Kishon para burlarse de su pasado difícil y de su talento para hacer que el lector reconozca sus propias flaquezas en las de él y se anime a reír también. Quizá por eso Kishon llegó a ser considerado uno de los escritores más importantes de Israel, sin que se le encasillara como autor de “subgénero”. De hecho, en 2002 se le otorgó el Premio Israel, el más importante de su país, por su “contribución especial a la sociedad y al Estado”.

Aquí, donde la solemnidad parece ser antónimo del humorismo, podría no entenderse este reconocimiento, pues el humor es visto como un arte menor (cuando bien le va). Pero la obra de Kishon —fallecido en 2005 en Suiza— demuestra que la risa también cumple con una labor social, también es bella, también es arte. Y sólo por eso valdría la pena rescatarlo del olvido en nuestra lengua. **P**

Raquel Castro (Ciudad de México, 1976). Es guionista y narradora. Su novela *Ojos llenos de sombra* obtuvo el Premio de Literatura Juvenil Gran Angular 2013.

Solosín

Orlando Mazeyra Guillén

Antes era con cuentos. Ahora con reflexiones, desmedidos alientos y estímulos vanos; pero siempre lo hago dormir (con ayuda de esos somníferos que ya lleva años tomando). Recuerdo nítidamente que el primer cuento, que inventé para él, lo titulé “Solosín”. Trataba de un perrito policía, un hermoso pastor alemán, que pierde a su amo en un horrible accidente y se queda solo y sin nadie, de esa redundancia su nombre se justifica como un triste vaticinio: Solosín. También le contaba historias de animales enigmáticos: dragones soberbios, serpientes malignas y unicornios alados. ¿Tendré la culpa entonces de que, de un momento a otro, le diera por escribir?

—¿Por qué todas tus historias son tan tristes, mamá? —fue la primera pregunta que me hizo y, quizá, la que nunca le supe responder.

—No lo sé —y me prometía a mí misma imaginar historias con finales felices para las noches siguientes. Era una tarea ilusoria, porque siempre me dejaba ganar por la truculencia y los endemoniados reveses.

Él está ahora por cumplir treinta años. Pero sigue aquí, pidiéndome que no apague la luz, comportándose como un párvulo tremendista o un anciano derrotado por el vicio. Yo le ruego que haga su tesis, que se titule, que la gente lo pueda llamar ingeniero, y que se olvide para siempre de sus frustraciones y de esa obsesión por ser escritor que lo está matando. ¡Nos está matando!

En realidad, lo que lo está matando es el alcohol. Cada día que pasa, mi hijo se parece más a su padre. Mi hermano, que es el psiquiatra de la familia, me dijo que va camino a superarlo.

No voy a permitir que lo supere. Puedo permitir todo, menos eso.

He aprovechado que está resfriado. Molí veinte pastillas de alprazolam y las mezclé con su jarabe.

—Esto está demasiado amargo —me dijo hace un instante y se recostó dándome la espalda. Tengo el palpito de que intuye algo porque él siempre me mira y me conversa; toma mis arrugadas manos y me habla de sus viejas y consabidas desazones y yo le digo que la vida es dura, que vaya al grupo (así llamamos eufemísticamente a los Alcohólicos Anónimos) y que supere esa maldita enfermedad. Nunca me escucha... Se parece tanto a su padre.

—¿Por qué me das la espalda, hijo?

—Porque ya no puedo más.
—Todavía tienes a tu madre para cuidarte, no lo olvides.
—Quisiera que me duerman, una cura de sueño, no sé, salir de esta cárcel.
—Ya me he encargado de eso —le dije sin pensar.
—¿A qué te refieres, mamá?
—A nada, no me hagas caso —me excusé—. ¿Todavía recuerdas aquella historia del perrito Solosín?
—Claro que la recuerdo, a veces pienso que yo soy ese perro.
—¡Qué tonterías dices!
—Creo que tienes razón: he estado pensando que lo mejor que puedo hacer para salvarme es retomar la tesis. No me interesa ser ingeniero, tú lo sabes mejor que nadie, pero quiero conseguir un trabajo. Quiero salir de la casa y olvidarme de todo, ¡de absolutamente todo!, empezando por mi papá.
—¡La tesis!
—Sí, la tesis, mamá. La maldita tesis, ¿no es eso lo que quieres? Sé que no vas a morir tranquila si no me titulo. Pierdo el tiempo tratando de escribir una novela que nunca me sale, leyendo libros que se me caen de las manos. Hay que ponerle un alto a todo. Quiero cambiar.
—Hasta podrías volver a buscar a Fiorella —añadí como completando el ensueño—. Yo creo que si te ve trabajando volvería a tu lado, tú sabes todo lo que te quiere esa niña, ¡porque todavía te quiere! Ella ha sido un regalo del cielo.
—Fiorella —suspiró, amodorrado—. No sabes cuánto extraño a Fiorella.
—¿Quieres que la llame?
—No, mamá, son las once de la noche. Déjala dormir, no le ruegues que vuelva, estoy harto de que hagas eso. Entiende: ella nunca volverá. Al final, yo no soy para ella ni ella es para mí. Soy un solitario, no tengo a nadie, sólo a ti... que no eres nadie.
Se calló.
—¡Qué fuerte ese jarabe! —exclamó de pronto—. Me ha tumbado, creo que no tomaré la pastilla de alprazolam...
—Sí, con el jarabe es suficiente.
Acomodó ligeramente la almohada, se persignó y empezó a dormir.

Un sudor frío me subió por la espalda. Todavía estaba a tiempo de llamar al hospital o, en todo caso, tomar un taxi y llevarlo a emergencias. No todo estaba perdido, lo importante era actuar rápido y sin titubeos.

De la otra recámara llegaban los ronquidos de mi marido que dormía plácidamente su última borrachera. Apoderada por el absurdo más envolvente, deseé haberle dado ese preparado a mi esposo. Pensé miles de cosas en silencio, sumida en un limbo inverso, hasta que el ladrido de un perro callejero me volvió a la realidad.

Algo, ¡había que hacer algo cuanto antes! Atiné a besarlo en la mejilla y apagué la luz del velador. A oscuras sentí que la muerte se iba presentado de a poco, a cuenta-gotas. Cerré los ojos para no ver a los recuerdos saliendo de sus escondites. Me prometí corregir el final, y empecé:

—Había una vez un hermoso perrito llamado Solosín... ●

Orlando Mazeira Guillén (Arequipa, Perú, 1980). Es escritor y cronista, editor cultural de la Universidad La Salle y colaborador de *Hildebrandt en sus trece*. Su último libro, *Mi familia y otras miserias*, apareció bajo el sello Tribal (Lima, 2013). Publica ficción y no ficción en *El Malpensante* (Colombia), y otros trabajos narrativos en revistas literarias virtuales como *Ciberayllu*, *Cervantes Virtual*, *El Hablador*, *Letralia*, *Hermano Cerdo*, *Badosa.com* y *Destiempos*. También participa en el Proyecto Patrimonio de Santiago de Chile. Ha sido incluido en las antologías *Disidentes 2. Los nuevos narradores peruanos 2000-2010* (Ediciones Altazor, 2012) y *17 cuentos peruanos desde Arequipa* (Biblioteca Regional Mario Vargas Llosa, 2012). Desde 2004 administra el blog <orlandomazeira.blogspot.com>.



Contra la vida alegre

Víctor Cabrera

Julio César Toledo

Manual de autodepresión. Guía práctica para arruinarse la vida

La Cifra Editorial, México, 2013.

“La primera desgracia es nacer y la segunda, no morir en el acto”, declaró el elocuente Sileno en medio de alguno de sus tantos trances de lucidez etílica. Superados esos primeros dos inconvenientes, la existencia deviene un curso de estimulantes desazones que podrían resumirse de manera no menos sabia en la sencilla dialéctica de “vivir y no morir en el intento”. Pero, inexorable, irremediablemente, lo sabemos, “vivir mata”, y en el aplazamiento de esta real y única certeza, en el inútil conjuro del cabal cumplimiento de su sentencia, los seres humanos fincamos la ilusoria —y paradójicamente tangible— pretensión de una vida plena (o, de pérdida, plana).

Como el visionario mentor de Dioniso —con cuyas estatuas guarda el autor un sospechoso parecido—, Julio César Toledo proclama la existencia como un mal necesario si no se tuvo la infinita suerte de curarse de él instantáneamente durante el parto; una prolongadísima enfermedad terminal al menos tratable de aplicarse oportunamente los consejos paliativos que sin ninguna generosidad nos regala este opúsculo que parece adherirse línea a línea al postulado de Cioran: “Sobre un planeta gangrenado deberíamos abstenernos de hacer proyectos, pero seguimos haciéndolos, dado que el optimismo es, como se sabe, un tic de agonizante.” Pero ojo: la de Toledo no es la brillante opacidad del misántropo rumano, sino la hipócrita camaradería de un infiltrado que se divierte erigiendo el castillo de cartón de su falsa pesadumbre. Más sátiro hedonista que filósofo abrumado —pues, como confiesa en estas páginas, en el fondo él es también un optimista—, antes que hacer justicia a su título y mostrarnos el mejor camino para autoapalearnos emocionalmente hasta la propia conmiseración —tarea que, podría apostar, cualquiera de ustedes, hipócritas lectores, ha llegado a culminar con notable éxito—, Toledo asume la siempre grata misión de abofetear al lector con el percutido guante blanco de su desdén irónico para hacerle ver lo evidente: que la felicidad —o mejor, la concepción más banal y frívola de ésta— “es un constructo que le impedirá ser una persona normal”.

Así, la paciente labor de Julio César —titánica por infructuosa— será la de desmontar algunas de las falacias en las que se funda esa endeble construcción para tratar de


convencer a su (no) lector ideal —aquel que tras devorar ultravitaminadas *sopitas de pollo para el alma* no sabe por qué regurgita *hábitos de gente altamente ineficiente*— de que su búsqueda de dicha y plenitud está signada de antemano por la moralina y la gazmoñería de los libros de superación personal, por el espejismo bobo de la publicidad y la mordedura voraz del consumo, por el balbuciente patriotismo de la prensa deportiva o la quimera melcochosa del amor de tarjeta Hallmark. Su objetivo no es, pues, como sugiere su subtítulo, arruinarle la vida a nadie, sino aligerarla de gravedad y fruslería haciéndonos ver el despropósito, la necedad de una empresa a todas luces ridícula por desorbitada, y hacernos conscientes, como dice en su prólogo el aburrido Luigi Amara, “de un día a día miserable que sólo puede ir de mal en peor y arrastrarnos en su caída. [De que] La búsqueda continua, machacona, acaso enfermiza de la felicidad es una de las principales causas de que seamos infelices...”.

En este sentido, el *Manual de autodepresión* de Julio César Toledo se inscribe en una curiosa tradición de libros ligera y gozosamente pesimistas que buscan, a su modo, dinamitar las convenciones del deber ser, la falsa premisa de lo políticamente correcto. Ya en 1992, Charles Sherwood Dane escribía en el prefacio de su antimanual de culto *Life's Little Destruction Book (El pequeño destructivo para la vida, como se tradujo)*:

Una oleada de consejos y buena voluntad cubren la Tierra como si fueran el halo de un ángel y nos presionan para mejorarnos constantemente y siempre hacer lo correcto. [...] Son demasiadas las cosas buenas que tenemos que hacer.

Esta búsqueda desenfundada de la perfección amenaza con hacer desaparecer las pequeñas debilidades, chifladuras y peculiaridades que hacen que nosotros seamos nosotros. Si nos volvemos tan sólo un poco más amables, bien portados, más sociables, dichosos o reprimidos podríamos terminar convertidos en una nación de asesinos desenfundados.

Veintiún años después, cuando la nuestra ha terminado por convertirse, justamente, en “una nación de asesinos desenfundados”, la tardía aparición de esta obrita acaso solamente nos auxilie a distraernos por un rato de esa otra realidad asoladora que nos espera más allá del umbral de nuestras casas.

“*Lasciate ogni speranza voi ch'entrate*”, reza el pórtico del Infierno de Dante. “Escribo este libro con la oculta y secreta esperanza de que triunfe: se venda y sea leído”, declara a la entrada de su ameno Purgatorio nuestro cínico jarocho, evidentemente menos modesto y más ambicioso que el Florentino. Como sea, él lo sabe, eso no sucederá. Y eso terminará por convertirlo en otro clásico desconocido. En eso radicará su éxito. 

Víctor Cabrera (Arriaga, Chiapas, 1973). Es autor de las *plaquettes* *Diez sonetos* (2004) y *Filipo contra los persas y otros cuantos epigramas* (2012), del volumen de fábulas y prositas *Episodios célebres* (2006), y de los libros de poemas *Signos de traslado* (2007) y *Wide Screens* (2009). Coordinó el volumen colectivo *Una raya más. Ensayos sobre Eduardo Lizalde* (2010). Trabaja como editor de la Dirección de Literatura de la UNAM desde 2004. Fue becario del programa Jóvenes Creadores del Fonca en el rubro de Poesía, y actualmente es miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte.

Las razones del corazón

Rodrigo Martínez

Las razones del corazón

Arturo Ripstein

México / España, 2011

Mujer ansiedad empotrada como adolescente en un sillón. Mujer deseo que goza y sufre con el saxofonista que ensaya piezas en la azotea. Mujer riñón que nomás bronquea al marido todas las noches. Mujer interiorizada que apenas si percibe la presencia de su hija en los pasillos nada más grises del departamento de interés social. Mujer anhelos que cuenta todo a la cómplice en la mesa de la sala. Mujer maternal, como perro de defensa, cuando grita a los embargadores para proteger sus posesiones hogareñas. Mujer siempre en presencia en los planos medios y cerrados de la película número treinta y siete de Arturo Ripstein: *Las razones del corazón* aborda las derivas sentimentales del ser humano para tratar en un blanco y negro lo que parece ser un estado de obsesión.

Harta de una vida conyugal sin lujos ni sorpresas, Emilia intenta reavivar un amorío con un joven saxofonista. La mujer ignora a su hija menor y riñe con su marido cada vez que está en casa. Mientras intenta recuperar a su amante, recibe una advertencia de embargo que amenaza la posesión de un departamento en un barrio medio de la ciudad. Reducida a una suerte de encierro voluntario en el edificio multifamiliar donde forjó un matrimonio, Emilia sólo deja de buscar al músico cuando autoridades decomisan varias posesiones en su departamento.

Con este trabajo, Ripstein y su copartícipe Paz Alicia Garciadiego, adaptaron la novela *Madame Bovary*, de Gustave Flaubert. Según el director, más allá del tema del amor, el interés de esta película fue aproximarse a un acontecimiento que, a decir suyo, le pareció “infinitamente más importante”: la idea de morir de amor. Si bien el pretexto argumental se encuentra en la desilusión de una mujer, esta producción del cineasta naturalizado español aborda las obsesiones que derivan de los males cotidianos del mismo modo que en cintas recientes como *La perdición de los hombres* (2000) y *La virgen de la lujuria* (2002).

Filmada en blanco y negro en un edificio del centro de la Ciudad de México, *Las razones del corazón* es un seguimiento de dos horas del desamor de amantes padecido por Emilia. Más que una interpretación cinematográfica de la tragedia magistral

de la literatura francesa, la resolución visual de esta película tiene la forma de un melodrama que mezcla rasgos del teatro y de la televisión casi con la misma estrategia que empleó el realizador en *El imperio de la fortuna* (1986): una cámara que busca, por encima de todo, la cara de la protagonista. Subraya la presencia dramática de la actriz principal, recurre a estereotipos, emplea diálogos rebuscados que también combinan modos de hablar y usa algunos *gags* humorísticos. A semejanza de una telenovela, la propuesta visual resta importancia al manejo del encuadre y del espacio para resaltar gestos y movimientos corporales en un ir y venir de diálogos con resonancias grandilocuentes en espacios domésticos donde sólo el alto contraste de la fotografía distingue a la película del lenguaje televisual.

Salvo por las irrupciones de los diversos personajes secundarios (el marido, el músico, la confidente), Ripstein concentra el desarrollo dramático en la relación madre e hija. Incluso en esta decisión argumental, la cámara prefiere mirar a la protagonista por encima de todo. Casi siempre en encuadres medios o primeros planos, Arcelia Ramírez sostiene con entereza toda una serie de registros y monólogos tratados con secuencias de larga duración. Ya sea en habitaciones, salas, pasillos, escaleras o azoteas, la imagen persigue la presencia femenil y se olvida de trabajar los escenarios con todo y el sugerente contraste de la fotografía en blanco y negro de un edificio multifamiliar.

Amén del esfuerzo decidido y sincero de la actriz, quien sin duda logra convertirse en la virtud del filme, *Las razones del corazón* no aprovecha con plenitud las posibilidades expresivas del espacio. Una de las cualidades de la filmografía de Ripstein, que alcanzó su forma definitiva en *El castillo de la pureza* (1973), es que los escenarios comunicaban sentidos o estados de ánimo. Ahora, en cambio, el edificio de departamentos no parece tener significado ni plasticidad. La puesta en escena ofrece estados anímicos inexplorados por la presencia casi permanente de personajes en el campo visual. Tiene que pasar más de una hora para que la cámara se atreva a mostrar pasillos y habitaciones vacías: una elipsis antes que un temple de ánimo; una pausa antes que una expresión con todo y que el campo vacío es un recurso más que vigente en el cine mexicano contemporáneo (*Temporada de patos*, Fernando Eimbcke, 2004). La idea de adaptar *Madame Bovary* a un ambiente típico de clase media de la capital mexicana prometía numerosas posibilidades visuales, pero la película nunca encuentra una figura de expresión cinematográfica porque se conforma con la textura melo-

dramática del argumento. Quizás con el deseo de lograr un tono de sátira, el equipo de dirección delega la labor de significación a la gestualidad de Arcelia Ramírez.

En una serie de declaraciones difundidas en 2011 durante el Festival de San Sebastián en España (septiembre 29, diario *ABC*), Arturo Ripstein declaró que no volvería a participar en dicho encuentro cinematográfico porque se convirtió en un certamen “subnormal” y “en vías de desarrollo”. El cineasta también desestimó a miembros del jurado como Frances McDormand (“una actriz que no ha salido nunca de Pensilvania”) y el realizador Alex de la Iglesia. Y es que al término de la edición más reciente de un encuentro donde el mexicano ganó el máximo reconocimiento en dos ocasiones, *Las razones del corazón* no figuró entre las películas premiadas. Pocos días después, el director de *Principio y fin* (1993) se disculpó en una carta pública donde argumentó que sus dichos provinieron del rencor. “Habló la ira”, dijo entonces a la prensa (octubre 4, *La Jornada*).

Con *Las razones del corazón* parece que Arturo Ripstein buscó una renovación de su propuesta. Este objetivo coincide con un esfuerzo similar del realizador manchego Pedro Almodóvar. En una de sus películas recientes, titulada *La piel que habito* (2011), el cineasta español hizo una mezcla de géneros y estilos que, si bien resultó forzada, muestra una hechura diferente a pesar de que trata otra vez el tema de la obsesión. A diferencia del *enfant terrible* del cine ibérico, el director mexicano, quien también ha inventado varios personajes obsesivos, no buscó un cambio en las cualidades formales de su estilo. Es posible que a ello se deba que sus cinco producciones más recientes parezcan ser la variación de una misma idea. Esto quizás también explica el rencor de un cineasta que no ha vuelto a repetir momentos afortunados del cine mexicano como los que logró con las cintas *El lugar sin límites* (1978) y *El castillo de la pureza*. ●

Rodrigo Martínez (Ciudad de México, 1982). Es doctorando en Ciencias Políticas y Sociales (Comunicación) por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Ha publicado en las revistas *Punto de partida*, *El Universo del Búho*, *Viento en vela*, *La revista* y *Periódico de poesía*, y en espacios culturales de los periódicos *El Financiero* y *El Universal*. Es profesor de asignatura en la FCPyS y colaborador de la revista electrónica *F.I.L.M.E* (www.filmemagazine.mx).



ISSN 0188381-X



Universidad Nacional Autónoma de México